

Notas de Arte

POR R. M. SOLANO

1 Los noveles en el Ateneo de La Laguna

El 9 del pasado enero se inauguró en los salones del Ateneo de esta ciudad la Exposición de artistas noveles, pintores y escultores y que presentaron un total de 57 obras.

Concurrieron a la Exposición los jóvenes aficionados V. Borges, A. Brito, J. Carballo, Emma Santos, L. Fernández Morán, F. Marinero, V. Núñez, H. Pulido, V. Rodríguez, C. Rivero, J. Rodríguez de la Rosa, E. Simó, J. Toral y R. Tabares.

Aunque no quisiéramos desanimar a los jóvenes, el tono general de esta Exposición ha sido bastante flojo. Verdad es que el prestigio del gran acuarelista Bonnin ha creado la nutrida escuela del acuarelismo tinereño, más o menos influenciada por el maestro, pero los discípulos y seguidores son de un valor bien desigual. Dignas de mención se ofrecen las acuarelas de Carballo, "Villa de la Orotava"; las de Marinero, "Fuente de Cañizales", "Crepúsculo" y "Rincón"; de E. Simó, su único trabajo, la amable estampa del "Camino de la Cumbre-La Laguna"; y las de Toral, "Patio de las monjas", "Iglesia de Santo Domingo", "Macario" y "Rincón de La Laguna", de típico sabor local.

Con un esforzado intento de originalidad, pero de una originalidad muy vieja ya, ha expuesto H. Pulido su acuarela tinta "Ensayo" y su acuarela "Procesión nocturna". Estamos frente a un muchacho que se inquieta y quiere "hacer cosas", pero...

Un retrato de señorita, modelado en yeso, denuncia en V. Rivero un corrector profesional de la escultura, que parece estar en muy buenos comienzos de su carrera artística.

2 López Ruiz en el Círculo de Bellas Artes

El domingo, 20 de febrero, el pintor López Ruiz ofreció al público un conjunto de 17 óleos en el prestigioso salón de exposiciones del Círculo de Bellas Artes, la gran entidad santacrucera que arrebató al hoy soñoliento Ateneo de La Laguna, el primer puesto en la dirección artística de la Isla.

En el vestíbulo del Círculo, López Ruiz se ha dejado llevar por la atracción poderosa que Bonnin y su acuarelismo ejerce sobre muchos artistas tinerfeños. Las ocho obras, de buena factura en su mayoría, como de experta y veterana mano, son motivos de acuarela resueltos en óleo. ¿Atracción de Bonnin? ¿Afán licito de vender y halagar al público? No lo sabemos.

Pero la personalidad de López Ruiz se aloja en su profesión de "marinista". Nuestra tradición que casi es por entero una tradición geográfica, tenía que ofrecernos sus tres representantes necesarios. Tenemos un paisaje del Norte (lo diremos de nuevo), un paisaje hecho por la mano del hombre, un paisaje—usaremos un término culto—"humanista", gracioso, colorista, tentador para el turismo. Otro paisaje de montañas y soledades, un paisaje en sí, divino, en el que sólo la Providencia ha intervenido y es el paisaje del Sur, de ese Sur que se ha integrado a la Isla y a los centros de población del Norte, después de la "pista" del Cabildo Insular. Y tenemos como gran marco de este paisaje bifronte, el mar. Francisco Bonnin, Martín González y Manuel López Ruiz son los dignos intérpretes de nuestra geografía insular.

No recordamos en qué obra de nuestro maestro Ortega, hemos leído que el espectáculo de alta mar no tiene gran interés. Para un hombre de tierra adentro, como el autor de "España invertebrada", el mar tiene valor acaso en función de la tierra vecina. Con los arrecifes, entrantes y salientes de la tierra, juega la mar graciosos escondites o borda blancas gargantillas de espuma; pero "la alta mar", el mar solo, nada dice a los hombres continentales.

Pues bien, entre las nueve marinas que Manuel López Ruiz ha expuesto en el Bellas Artes, seis representan el mar en función de la costa, pero es en las tres que representan el mar propiamente dicho, donde a nuestra manera de ver y sentir, cobra el artista su dominio y nombre de marinista feliz.

Manuel López Ruiz, lleva dentro de su alma no el mar retórico de aquel espléndido Néstor, que tradujo en pintura el grandilocuente poema de Tomás Morales, sino el mar auténtico, el mar mismo en su grandeza imponente de soledad y dinamismo, que él ofrece a los que pueden oír su canción profunda. Y la canción de nuestro "sonoro atlántico" sin puerto y "malecón dormido", la ha escuchado López Ruiz. Y, oído su mensaje, López Ruiz se ha puesto a pintar...

3 Cejas Zaldívar, en el Círculo de Bellas Artes

El escultor Enrique Cejas Zaldívar expuso en los primeros días de marzo seis bocetos en barro y una obra acabada, cabeza que en barro cocido también reproduce fielmente la del arquitecto tinerfeño, D. Tomás Machado Méndez.

Los visitantes del Círculo pudieron examinar la obra de un joven artista que está en buenos comienzos de su carrera difícil. Los bocetos, especialmente

el titulado "El Abatido", muestran el temperamento del autor en la línea fuerte, muy antigua y muy moderna, de esa escultura en la que luchan la fuerza física de la masa con la fuerza mentalmente potenciada del "penseroso". El retrato del Sr. Machado, muy correcto y ajustado.

4 Los acuarelistas tinerfeños

En el nunca bien alabado Círculo de Bellas Artes expusieron un total de 55 obras, durante las últimas semanas de marzo, los acuarelistas D. Francisco Bonnin, González Suárez, Bonnin (hijo), Angeles Cerviá, y Celestino González, Jerónimo Rodríguez y Constantino Aznar, que expusieron sólo un trabajo cada uno de los tres.

¿Caeremos en la heterodoxia artística si afirmamos que el conjunto de la obra de D. Francisco Bonnin no alcanza en calidad la altura a la que el mismo artista nos tenía acostumbrados? No obstante ese hermoso "Huerto de los Benedictinos", y el irreprochable "Puente romano de Besalú"—tan ajeno a nuestro paisaje, pero lleno de dignidad artística—el resto no sobresaie por calidades altamente destacables, sin que pretendamos decir con ello que no se trate de obra de buena factura.

Antonio González Suárez, en cambio, se nos manifiesta con el valor ascensional del artista que se está haciendo, que quiere hacerse y que tiene el obstáculo (en el buen sentido de la palabra) de un maestro prestigioso junto al que expone. Si D. Francisco tiene derecho a repetirse, porque ya está hecho, González Suárez se nos muestra ahora independiente y, sobre todo, con una gran virtud que lo es más en la acuarela y en la acuarela que sustenta nuestro paisaje: la gran virtud de la sobriedad y la renuncia a la anécdota luminosa que, cuando no se sabe administrar, tiene el peligro de convertirse en cartel de fiestas de Primavera.